

Como terapeuta familiar, he descubierto hace años que focalizar las relaciones familiares del paciente, en vez de focalizar la necesidad del individuo, es positivo para todo el grupo, es ayudar a vivir la cultura del todos ganan; la estructura dominadora limita, es individualista.

Muchas veces los pequeños participan visualmente de la violencia en la familia y/o son víctimas tempranas. Esto puede llevarlos a un circuito negativo de ejercitación de la violencia en la edad adolescente y adulta, perpetuando así los hábitos violentos. Estos niños deben aprender a integrar la espiritualidad en la cotidianidad en todos sus niveles: físico, mental, emocional, intelectual y psíquico.

Enseñarles religión sin que sea una religión mejor o más que la otra, o desde su propia confesión religiosa, aceptando que son la unidad en la diversidad de religiones, que tengan la posibilidad de participar de diferentes liturgias confesionales... O asistir a una escuela espiritual no confesional donde quizá tengan el aula del silencio, un lugar de recogimiento para estar en soledad o en silencio compartido.

Experimentar momentos de silencio durante el día escolar les permite desarrollar conciencia del significado del silencio compartido. La disciplina de centrarse en sí mismo como camino a un entendimiento más profundo, el silencio como parte del proceso de consenso en una discusión. Aprender a discriminar entre silencio y quietud.

Nuestra cultura aborrece el vacío: lo llena con palabras, movimiento, etc. Por eso es tan importante aprender a valorar el silencio, honrarlo.

Me preocupa, además, enseñar que la ciencia no es un saber objetivo y universal sino que está formada por teorías aceptadas por consenso entre los grupos que las conforman, y por lo tanto pueden ser rebatidas. Y enseñar a los niños el valor de la paz, es decir, educar para la paz.